



—Estas influenciada por las jardineras que ves en casa, que, desde luego, cuido con más esmero que nada; pero te diré que así como las azuleas, las gloxinias, las clivias y algunas begonias son para admirar aisladas en su tiesto, no hay nada comparable como efecto decorativo floral a una jardinera de dos o tres metros de largo—y tú que tienes terraza aún puedes tenerla mayor—llena de petunias, geranios o capuchinas marcando una verdadera franja de color. Además, ten en cuenta que a las plantas les haces un gran favor, pues se encuentran más libres sus raíces para respirar y desarrollarse.

—Sí, pero excuso decirte que si en mi casa me cuesta trabajo convencerlos de comprar tiestos, más difícil es que se decidan a una cosa más cara.

—No creas. Porque te las puede hacer un carpintero cualquiera con tablas sencillas, porque la madera es el material mejor, según he leído en una Floricultura, ya que conserva la temperatura más igual que el cinc o el cemento.

—Nunca creí, Margarita, que estuvieses tan enterada. Me estás dando, no una lección, sino un curso, y animando, entre sorbo y sorbo de té, a la floricultura casera. Pero cada vez voy a ponerte más pegada. ¿Tú no has observado que cuando compras un tiesto la tierra viene muy bien distribuida y muy sueltita y al cabo de poco tiempo de cuidarlo se ha descarnado junto a la plantita y se ha puesto dura la tierra como una piedra? A mí me parece que aquellas raíces estarán ahogadas, sin posibilidad de respirar...

—Tu sentido común se va aguzando... Si se queda desigual la tierra es porque riegas con un vaso o jarra y el chorro fuerte va arrastrando la tierra donde lo aplicas. Si lo hicieses como yo, con un embudo o con una pequeña regadera fina, no te ocurriría. Además, después de regar debes arañar la tierra con un peine o escardillo. Además regarás demasiado, pues siempre que dé la tierra sensación de frescura y humedad no se debe regar.

—Quizá me haya excedido en mis ensayos, pero en los días y horas de calor me parecía que si no echaba mucha agua...

—Acabas de confesar tu error, ya que se debe regar en las horas en que el calor no sea grande: por la mañana temprano y al anochecer.

—¡Ahora sí que te voy a poner en un aprieto! ¡Esto sí que nadie me lo ha sabido resolver!... Para tener bellas flores hay que echar abono a los tiestos, y esto todo el mundo lo hace a ojo o con unos sobresitos maravillosos que a mí no me sirvieron de nada, y que venden con nombres tan raros como ése del botánico que antes me soltaste.

—Conmigo te falla, pues me sucedió como a ti y desde entonces

Poco antes de las cinco llega Josefina a casa de su amiga íntima, de acuerdo con lo convenido en la conversación telefónica del día anterior.

Motivo, un rato de charla intrascendente desde hace tiempo aplazada. Pretexto, como tantas otras veces, tomar juntas una taza de té.

El saloncillo íntimo presentaba en aquella hora un aspecto alegre, acogedor, que impresionó vivamente a la visitante.

—Siempre admiro, Margarita, como por vez primera, el exquisito gusto con que sabes preparar cada día un ambiente simpático, vistoso y variado en cualquier rincón de tu casa. A esto se le llama vulgarmente existencia de «una mano de mujer», por ser raro en los pisos de soltero, pero entre nosotras hay que confesar que indudablemente no todas las manos son lo mismo. ¡Cuántas viviendas para mí familiares no tienen ese encanto especial, a pesar de existir en ellas una casi perfecta «mujercita de su casa».

—¡Hija mía, eres sumamente amable! Pero creo que tu apreciación puede ser puramente personal, pues mi casa nada tiene de especial, y tú bien sabes que mis medios son limitados para dotarla del lujo y del detalle que yo quisiera, porque, eso sí, estimo más que nada el tener un hogar bello, no para los demás, sino para mi propio deleite.

—Perdona, Margarita; pero estaba distraída contemplando esta habitación con intención de descifrar... Pero ya está. Creo haber dado con la clave de tu éxito si te digo que tienes una manera muy peculiar de disponer y cuidar tus plantas y tus flores, que, desde luego, predominan como motivo decorativo.

—Quizá tengas razón, porque, desde luego, no hay mejor posibilidad para dar continua variación y alegría al ambiente quitando a los interiores esa monotonía indudable que les da el mobiliario, por muy bonito que sea, al cabo de meses o de años. Ya puedes volverte loca a cambiar de lugar la mesa, la estantería, los sillones. Sólo es aplazar la monotonía. Por lo menos así opino yo, que sabes lo inquieta que soy.

—Estoy convencida; pero al mismo tiempo muy triste...

—¿Por qué?

—Sencillamente porque me ereo torpísima para cuidar tiestos, y siempre que he ensayado, mi fracaso ha sido rotundo.

—Querida Josefina; perdona que te diga que en tu caso es imperdonable, pues tienes, además de una casa muy mona, una terraza estupenda.

—...Donde tú harías maravillas; pero yo me contento con tener unos sillones para las noches de verano. En fin, no quiero ser pesimista, y ya que me recominas de este modo, te dejo la responsabilidad de convencerme.

¿Qué plantas me recomiendas para empezar con éxito?

—Me pides una lección de floricultura; pero ahí va mi opinión: cinerarias, geranios, petunias y fucsias...

—Ya me dijiste un nombre raro para desanimarme...

—No seas mal pensada, hija mía. ¿Qué culpa tengo yo de que la trajera de América un botánico que se llamaba Fuchs? Pero, sin embargo, a pesar de parecerle tan raro, habrás tenido hace unos años el correspondiente trajeito de moda de su color...

—¿Y me podría atrever con ciclamen, gloxinias y bulbosas, como jacintos, narcisos y tulipanes?

—Veo que ya te vas animando... Si tienes en cuenta que sus flores son más delicadas, sobre todo las dos primeras, que debes procurar no mojar sus flores al regar, y sabes conservar en sitio seco en invierno los bulbos y tubérculos entre arena y en cajones, para volverlos a plantar al año siguiente, te aseguro que puedes intentarlo.

—Ten en cuenta que quiero llenar la terraza, que es bastante grande, y que mi casa tiene muchos rincones que decorar...

—Seguiré la lista con todas las de hoja verde permanente: los laureles, los ficus con sus largas hojas separadas, las aucubas punteadas, las aralias y las coníferas de poco porte. La decoración invernal debe precisamente basarse en estas últimas, y para tu terraza la tuya y el ciprés pueden formarte unos contrastes muy interesantes en las esquinas. Y aprovecho para decirte un secreto: estoy cansadísima de las aspidistras que eternamente hemos visto en los pasillos de casa de nuestra abuela y que sólo servían para recoger el polvo de toda la casa. No sé si por esa causa les tomé manía.

—Pues yo te confesaré, en cambio, en este momento de sinceridades, que el tiesto, como recipiente, no me conviene en todos los casos.



La disposición de unos tiestos puede decorar atractivamente una pared, y no digamos una ventana, para la que son elemento casi imprescindible.

Búscase que los colores de las plantas tengan su oportuno y bello contraste.

